

Incendio: la biodiversidad no tiene la culpa

El devastador incendio que acaba de afectar el 7% de la superficie de Tenerife (15.000 ha) se ha cebado con el suelo rústico de protección natural, repartido entre el Parque Natural de la Corona Forestal (10.000 ha = 66 %) y el Parque Nacional del Teide (2.000 ha = 13 %). Antes que se apaguen sus últimos rescoldos, me gustaría hacer algunas precisiones ambientales sobre lo mucho y bienintencionado que se ha dicho en los medios regionales y nacionales.

Desde el primer momento, cuando se declaró el incendio la noche de La Candelaria en la interfaz rural-natural de los montes de Arafo, sabíamos que como no hubiese una respuesta inmediata, la nocturnidad y alevosía de los incendiarios lograrían su perverso objetivo: generar un incendio de dimensiones colosales. Sabían que pronto llegaría a los inabordables barrancos del accidentado macizo de Chivisaya y Araya y que, con un poco de “suerte” cruzaría la dorsal de la cumbre y se ensañaría con los pinares naturales y de repoblación de la vertiente norte insular. Los terroristas sabían lo que hacían y donde lo hacían. Y contra el terrorismo no caben más medidas que fortalecer la vigilancia y endurecer la ley. No entienden de educación ni conocen la solidaridad y mucho menos saben de biodiversidad. Su mejor escuela es la cárcel.

Dicho lo anterior, nuestro esfuerzo se debe centrar en tratar de buscar el máximo de puntos de convergencia entre los que sectorialmente conocemos el medio (físico, biológico y social) canario, y todos desde nuestras respectivas parcelas de conocimiento tenemos algo que decir y aportar en la lucha contra la lacra ambiental de los incendios, sabiendo de antemano que nadie tiene la barita mágica para terminar con los mismos y mucho menos utilizar argumentos que como mínimo son discutibles, para descalificar a los que pensamos diferente o tenemos una visión diferente o complementaria del problema.

No debemos olvidar que cuando el monte se quema, arde igual para los desarrollistas que para los ecologistas, para los ingenieros que para los biólogos, para los campesinos que para los urbanitas. Es “nuestro monte” y todos, directa o indirectamente, lo necesitamos. Sin monte se degrada el paisaje, se agota el agua y se esquilman los suelos. En otras palabras, se arruina nuestra economía, vinculada al turismo, cuyo porvenir no depende exclusivamente de que no se quemen los hoteles y escapen los núcleos urbanos. Los hoteles son iguales en todo el mundo, nuestros factores diferenciales dependen de la biodiversidad y de la buena salud de los ecosistemas naturales y rurales. Esa es una “línea roja” que los técnicos no debemos olvidar, ya se ocupan los políticos de relativizarla por sus intereses cortoplacistas. Ya lo he reiterado durante los aciagos días del incendio: salvo contadas excepciones, menos de las que personalmente me gustaría, el medio natural “parece no tener voz ni voto”, a juzgar por la cantidad e intensidad de las manifestaciones. Desde una perspectiva política antropocéntrica se puede entender (ni los pinos ni los pinzones votan), pero no desde una perspectiva biológica.

Los técnicos o profesionales informados no debemos caer en la trampa de restar importancia a la catástrofe ambiental del incendio, refugiándonos en eufemismos o argumentos falaces como decir que en tres o cuatro años los pinos volverán a estar verdes, olvidando que el pino es sólo la especie más conspicua pero no la única; o que es necesario volver a soltar ganado en el monte, ignorando a los técnicos responsables de la gestión de los espacios naturales, confundiendo el

tratamiento pastoril de los cortafuegos con la gestión silvícola del monte natural, sin atender a lo que es suelo rústico de protección agrícola o suelo rústico de protección natural.

Resulta doloroso escuchar a personas cultas culpar a la Red Canaria de Espacios Naturales Protegidos de lo que está sucediendo. Algunas de esas voces conocen bien el campo y no deben confundir sus querencias con la realidad. La culpa de que no tengamos ganado ni campesinos en el campo no se debe a los Espacios Naturales Protegidos (ENPs). La ausencia de actividad agropecuaria en Canarias se debe más a razones comerciales bien conocidas por el mundo de la economía y de la sociología, que a medidas coercitivas relacionadas con dichos Espacios. Menos REA (Régimen Específico de Abastecimiento) para los comerciantes y más solidaridad con el campesino, que se ha cansado de sentirse explotado por los intermediarios, aburrido de luchar contra las plagas y de soportar precios insostenibles frente a la competencia salvaje del libre mercado. En mi opinión, son esas las principales razones que han motivado el abandono del campo, hasta el extremo de convertir las medianías insulares en eriales improductivos, auténtica bomba combustible de futuros incendios. Menos “cooperativas” burocratizadas, sobrecargadas de empleados acomodados pagados por los agricultores y más gestión empresarial competente.

Penoso resulta también escuchar a universitarios con sólida formación ecológica restando importancia al incendio y argumentando el que la acción de los herbívoros sobre los ecosistemas naturales aumenta la biodiversidad: ¿pero qué broma es ésta? Por esa regla de tres un prado pastoreado, caracterizado por decenas de especies banales o cosmopolitas es más biodiverso que una parcela de laurisilva en el corazón de El Pijaral de Anaga o en el Parque Nacional de Garajonay de La Gomera. Parece mentira, seamos serios y no confundamos a la gente.

Concluyo expresando mi solidaridad con los compañeros que han perdido el sueño detrás de las pantallas de los ordenadores coordinando las labores de extinción y, muy especialmente, con las cuadrillas que empapadas de sudor han luchado contra las llamas y los rescoldos de un incendio que tardará todavía en apagarse. No será el último, pero reafirmo que “la biodiversidad no es la culpable”, hasta ahí pudiéramos llegar.

Pedro Luis Pérez de Paz
Catedrático de Botánica
www.pedroluisperezdepaz.es